Comienza la Tercera Jornada del Decamerón, en la que se habla, bajo el gobierno de Neifile, sobre alguien que hubiera conseguido con industria alguna cosa muy deseada o alguna perdida, recuperase.



La aurora empezaba ya a convertirse de bermeja en anaranjada por la aproximación del sol cuando el domingo, levantada la reina y hecho levantar a su compañía, y habiendo mandado ya el senescal buen espacio por delante al lugar donde debían ir muchas de las cosas oportunas y quien allí preparase lo que era necesario, viendo ya a la reina en camino, prestamente haciendo cargar todas las demás cosas, como si de allí levantasen el campo, se fue con los bagajes, dejando a los sirvientes junto a las señoras y los señores. La reina, pues, con lento paso, acompañada y seguida por sus damas y los tres jóvenes, guiada por el canto de quién sabe si veinte ruiseñores y otros tantos pájaros, por un sendero no muy frecuentado mas lleno de verdes hierbecillas y de flores que al sol que llegaba todas empezaban a abrirse, tomó el camino hacia Occidente, y charlando y bromeando y riendo con su compañía, sin haber andado más de dos mil pasos, bastante antes de que mediada la hora de tercia estuviese, a una hermosísima y rica mansión que un tanto levantada sobre el suelo en un cerro estaba, les hubo conducido.
Entrados en la cual y andando por todas partes, y habiendo visto las grandes salas, las limpias y adornadas alcobas debidamente abastecidas de todo lo que a una alcoba corresponde, sumamente la alabaron y reputaron a su dueño por magnífico; después, bajando abajo, y viendo el amplísimo y alegre patio, las bodegas llenas de óptimos vinos y el agua fresquísima y abundante que de allí manaba, más aún lo alabaron. De allí, como deseosos de reposo en una galería desde donde todo el patio se señoreaba, estando todas las cosas llenas de las flores que el tiempo daba y de ramas, sentándose, vino el discreto senescal y con exquisitos dulces y óptimos vinos los recibió y confortó. Después de lo cual, haciendo abrir un jardín contiguo al palacio, allí, que estaba todo cercado por un muro, entraron; y pareciéndoles a primera vista de maravillosa belleza todo el conjunto, más atentamente empezaron a mirar sus partes. Tenía a su alrededor y por la mitad en bastantes partes paseos amplísimos, rectos como caminos y cubiertos por un emparrado que gran aspecto tenía de ir aquel año a dar muchas uvas; y todo florido entonces esparcía tan gran olor que, mezclado con el de muchas otras cosas que por el jardín olían, les parecía estar entre todos los aromas nacidos en el Oriente. Los lados de los cuales paseos todos por rosales blancos y bermejos y por jazmines estaban casi cubiertos; por las cuales cosas, no ya de mañana sino cuando el sol estuviese más alto, bajo olorosas y deleitables sombras, sin ser tocado por él, se podía andar por ellos. Cuántas y cuáles y cómo estaban ordenadas las plantas que había en aquel lugar sería largo de contar; pero no hay ninguna estimable que en nuestro clima se dé, que no hubiese allí abundantemente. En mitad del cual, lo que no es menos digno de lo que otra cosa que allí hubiera sino mucho más, había un prado de menudísima hierba y tan verde que casi parecía negra, pintado todo de mil variedades de flores, cercado en torno por verdísimos y erguidos naranjos y por cedros, los cuales, teniendo frutos, los viejos y los nuevos, flores todavía, no solamente con sombra amable a los ojos sino también al

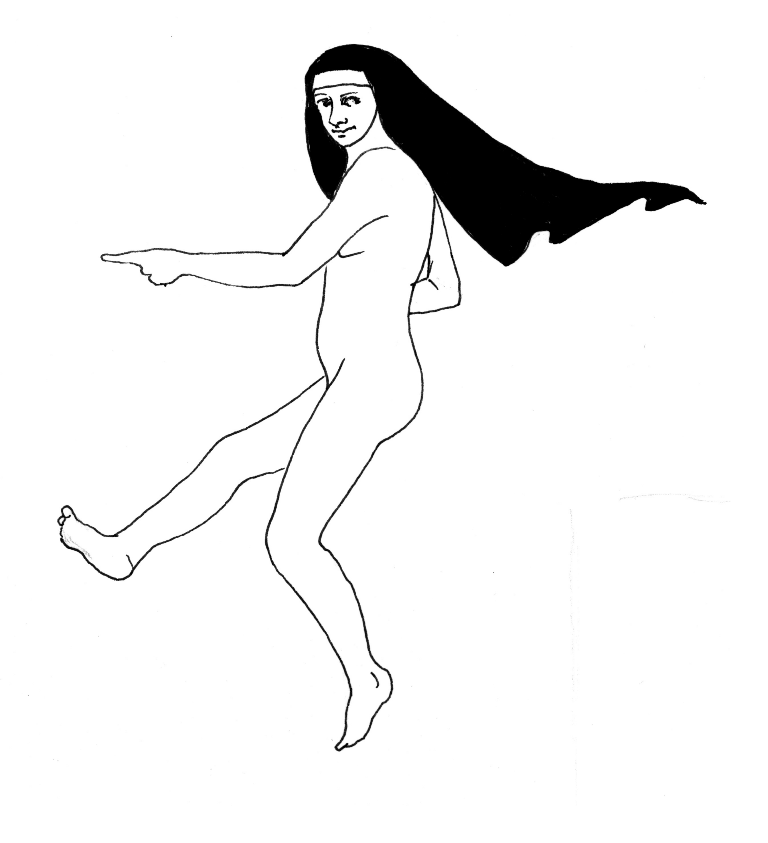
olfato lisonjeaban. En medio del tal prado había una fuente de mármol blanquísimo y con maravillosas figuras esculpidas; allí dentro, no sé si natural o artificiosa, por una estatua que sobre una columna en el medio de aquélla estaba en pie, arrojaba tanta agua y tan alta hacia el cielo (que luego no sin deleitable sonido sobre la clarísima fuente volvía a caer) que hubiera hecho mover al menos un molino. La que después (aquella, digo, que sobrepasaba el borde de la fuente) por vía oculta salía del pradecillo y por canalillos asaz bellos y artificiosamente hechos, fuera de aquello haciéndose ya manifiesta, todo lo rodeaba; y allí por canalillos semejantes por todas las partes del jardín discurría, recogiéndose últimamente en una parte por donde había salido del hermoso jardín y de allí, descendiendo clarísima hacia el llano antes de llegar a él, con grandísima fuerza y con no poca utilidad para su dueño, hacía dar vueltas a dos molinos. Al ver este jardín, su bello orden, las plantas y la fuente con los arroyuelos procedentes de ella, tanto agradó a todas las mujeres y a los tres jóvenes, que todos comenzaron a afirmar que, si se pudiera hacer un paraíso en la tierra, no sabrían qué otra forma sino aquella del jardín pudiera dársele, ni pensar, además de aquéllas, qué belleza podría añadírsele. Paseando, pues, contentísimos por allí, haciéndose bellísimas guirnaldas de varias ramas de árboles, oyendo siempre unos veinte modos de cantos de pájaros como si contendiesen el uno con el otro en el cantar, se apercibieron de una deleitosa belleza de que, sorprendidos por las demás, no se habían todavía apercibido: vieron que el jardín estaba lleno de cien especies de hermosos animales, y enseñándoselos uno al otro, de una parte salir conejos, por otra correr liebres, y dónde yacer cabritillos, y en algunas estar paciendo cervatillos vieron; y además de éstos, otras muchas clases de animales inofensivos, cada uno a su agrado, como domesticados, ir recreándose; las cuales cosas, a los otros placeres, mucho mayor placer sumaron.

Pero luego de que mucho hubieron andado, viendo ora esta cosa ora aquélla, habiendo hecho poner las mesas alrededor de la hermosa fuente, y cantando allí primero seis cancioncillas y danzando algunos bailes, cuando agradó a la reina se pusieron a comer, y servidos con grandísimo y bueno y reposado orden, y con buenas y delicadas viandas, más alegres se levantaron y a las tonadas y a los cantos y a los bailes volvieron a darse hasta que a la reina, por el calor que había sobrevenido, pareció hora de que a quien le agradase, se fuera a acostar. Y algunos se fueron y algunos, vencidos por la belleza del lugar, irse no quisieron; sino que quedándose allí, quien a leer libros de caballerías, quien a jugar al ajedrez y quien a las tablas, mientras los otros dormían, se dedicaron.

Pero luego de que pasó la hora de nona, todos se levantaron y, habiéndose refrescado el rostro con la fresca agua, en el prado, como plugo a la reina, viniendo cerca de la fuente, y en él según la manera acostumbrada sentándose, se pusieron a esperar contar sus historias sobre la materia propuesta por la reina. De los que el primero a quien la reina dio el encargo fue a Filostrato, que comenzó así:







El jardinero del convento

Masetto de Lamporecchio se hace el mudo y entra como hortelano en un monasterio de mujeres, que porfían en acostarse con él.

Hermosísimas señoras, bastantes hombres y mujeres hay que son tan necios que creen demasiado confiadamente que cuando a una joven se le ponen en la cabeza las tocas blancas y sobre los hombros se le echa la cogulla negra, que deja de ser mujer y ya no siente los femeninos apetitos, como si se la hubiese convertido en piedra al hacerla monja; y si por acaso algo oyen contra esa creencia suya, tanto se enojan cuanto si se hubiera cometido un grandísimo y criminal pecado contra natura, no pensando ni teniéndose en consideración a sí mismos, a quienes la plena libertad de hacer lo que quieran no puede saciar, ni tampoco al gran poder del ocio y la soledad. Y semejantemente hay todavía muchos que creen demasiado confiadamente que la azada y la pala y las comidas bastas y las incomodidades quitan por completo a los labradores los apetitos concupiscentes y los hacen bastísimos de inteligencia y astucia. Pero cuán engañados están cuantos así creen me complace (puesto que la reina me lo ha mandado, sin salirme de lo propuesto por ella) demostraros más claramente con una pequeña historieta. En esta comarca nuestra hubo y todavía hay un monasterio de mujeres, muy famoso por su santidad, que no nombraré por no disminuir en nada su fama; en el cual, no hace mucho tiempo, no habiendo entonces más que ocho señoras con una abadesa, y todas jóvenes, había un buen hombrecillo hortelano de un hermosísimo jardín suyo que, no contentándose con el salario, pidiendo la cuenta al mayordomo de las monjas, a Lamporecchio, de donde era, se volvió. Allí, entre los demás que alegremente le recibieron, había un joven labrador fuerte y robusto, y para villano hermoso en su persona, cuyo nombre era Masetto; y le preguntó dónde había estado tanto tiempo. El buen hombre, que se llamaba Nuto, se lo dijo; al cual, Masetto le preguntó a qué atendía en el monasterio. Al que Nuto repuso:
–Yo trabajaba en un jardín suyo hermoso y grande, y además de esto, iba alguna vez al bosque por leña, traía agua y hacía otros tales servicios; pero las señoras me daban tan poco salario que apenas podía pagarme los zapatos. Y además de esto, son todas jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo, que no se hace nada a su gusto; así, cuando yo trabajaba alguna vez en el huerto, una decía: «Pon esto aquí», y la otra: «Pon aquí aquello» y otra me quitaba la azada de la mano y decía: «Esto no está bien»; y me daba tanto coraje que dejaba el laboreo y me iba del huerto, así que, entre por una cosa y la otra, no quise estarme más y me he venido. Y me pidió su mayordomo, cuando me vine, que si tenía alguien a mano que entendiera en aquello, que se lo mandase, y se lo prometí, pero así le guarde Dios los riñones que ni buscaré ni le mandaré a nadie.
A Masetto, oyendo las palabras de Nuto, le vino al ánimo un deseo tan grande de estar con estas monjas que todo se derretía comprendiendo por las palabras de Nuto que podría conseguir algo de lo que deseaba. Y considerando que no lo conseguiría si decía algo a Nuto, le dijo:
–¡Ah, qué bien has hecho en venirte! ¿Qué es un hombre entre mujeres? Mejor estaría con diablos: de siete veces seis no saben lo que ellas mismas quieren.
Pero luego, terminada su conversación, empezó Masetto a pensar qué camino debía seguir para poder estar con ellas; y conociendo que sabía hacer bien los trabajos que Nuto hacía, no temió perderlo por aquello, pero temió no ser admitido porque era demasiado joven y aparente. Por lo que, dando vueltas a muchas cosas, pensó:
«El lugar es bastante alejado de aquí y nadie me conoce allí, si sé fingir que soy mudo, por cierto que me admitirán».
Y deteniéndose en aquel pensamiento, con una segur al hombro, sin decir a nadie adónde fuese, a guisa de un hombre pobre se fue al monasterio; donde, llegado, entró dentro y por ventura encontró al mayordomo en el patio, a quien, haciendo gestos como hacen los mudos, mostró que le pedía

de comer por amor de Dios y que él, si lo necesitaba, le partiría la leña. El mayordomo le dio de comer de buena gana; y luego de ello le puso delante de algunos troncos que Nuto no había podido partir, los que éste, que era fortísimo, en un momento hizo pedazos. El mayordomo, que necesitaba ir al bosque, lo llevó consigo y allí le hizo cortar leña; después de lo que, poniéndole el asno delante, por señas le dio a entender que lo llevase a casa. Él lo hizo muy bien, por lo que el mayordomo, haciéndole hacer ciertos trabajos que le eran necesarios, más días quiso tenerlo; de los cuales sucedió que un día la abadesa lo vio, y preguntó al mayordomo quién era. El cual le dijo:

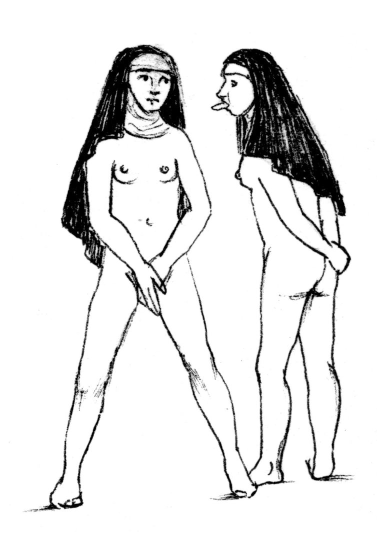
–Señora, es un pobre hombre mudo y sordo, que vino uno de estos días a por limosna, así que le he hecho un favor y le he hecho hacer bastantes cosas de que había necesidad. Si supiese labrar un huerto y quisiera quedarse, creo estaríamos bien servidos, porque él lo necesita y es fuerte y se podría hacer de él lo que se quisiera; y además de esto no tendríais que preocuparos de que gastase bromas a vuestras jóvenes.

A lo que dijo la abadesa:

–Por Dios que dices verdad: entérate si sabe labrar e ingéniate en retenerlo; dale unos pares de escarpines, algún capisayo viejo, y halágalo, hazle mimos, dale bien de comer.

El mayordomo dijo que lo haría. Masetto no estaba muy lejos, pero fingiendo barrer el patio oía todas estas palabras y se decía: «Si me metéis ahí dentro, os labraré el huerto tan bien como nunca os fue labrado».

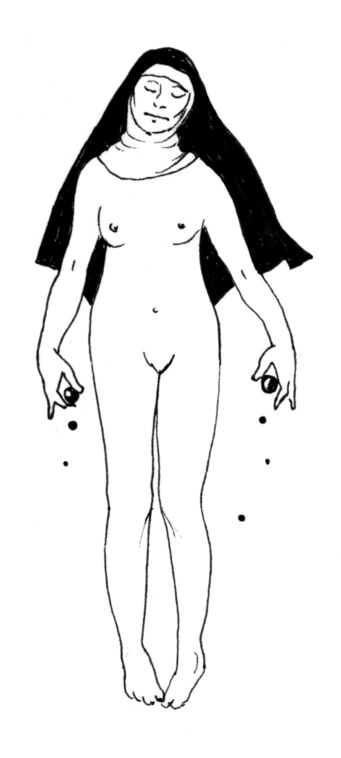
Ahora, habiendo el mayordomo visto que sabía óptimamente labrar y preguntándole por señas si quería quedarse aquí, y éste por señas respondiéndole que quería hacer lo que él quisiese, habiéndolo admitido, le mandó que labrase el huerto y le enseñó lo que tenía que hacer; luego se fue a otros asuntos del monasterio y lo dejó. El cual, labrando un día tras otro, las monjas empezaron a molestarle y a ponerlo en canciones, como muchas veces sucede que otros hacen a los mudos, y le decían las palabras más malvadas del mundo no creyendo ser oídas por él; y la abadesa que tal vez juzgaba que él tan sin cola estaba como sin habla, de ello poco o nada se preocupaba. Pero sucedió que habiendo trabajado un día mucho y estando descansando,



dos monjas que andaban por el jardín se acercaron a donde estaba, y empezaron a mirarle mientras él fingía dormir. Por lo que una de ellas, que era algo más decidida, dijo a la otra:
–Si creyese que me guardabas el secreto te diría un pensamiento que he tenido muchas veces, que tal vez a ti también podría agradarte.
La otra repuso:
–Habla con confianza, que por cierto no lo diré nunca a nadie.
Entonces la decidida comenzó:
–No sé si has pensado cuán estrictamente vivimos y que aquí nunca ha entrado un hombre sino el mayordomo, que es viejo, y este mudo: y muchas veces he oído decir a muchas mujeres que han venido a vernos que todas las dulzuras del mundo son una broma con relación a aquella de unirse la mujer al hombre. Por lo que muchas veces me ha venido al ánimo, puesto que con otro no puedo, probar con este mudo si es así, y éste es lo mejor del mundo para ello porque, aunque quisiera, no podría ni sabría contarlo; ya ves que es un mozo tonto, más crecido que con juicio. Con gusto oiré lo que te parece de esto.
–¡Ay! –dijo la otra–, ¿qué es lo que dices? ¿No sabes que hemos prometido nuestra virginidad a Dios?
–¡Oh! –dijo ella–, ¡cuántas cosas se le prometen todos los días de las que no se cumple ninguna! ¡Si se lo hemos prometido, que sea otra u otras quienes cumplan la promesa!
A lo que la compañera dijo:
–Y si nos quedásemos grávidas, ¿qué iba a pasar?
Entonces aquélla dijo:
–Empiezas a pensar en el mal antes de que te llegue; si sucediere, entonces pensaremos en ello: podrían hacerse mil cosas de manera que nunca se sepa, siempre que nosotras mismas no lo digamos.
Esta, oyendo esto, teniendo más ganas que la otra de probar qué animal era el hombre, dijo:
–Pues bien, ¿qué haremos?
A quien aquélla repuso:
–Ves que ya viene la noche; creo que las sores están todas durmiendo menos nosotras; miremos por el huerto a ver si hay alguien, y si no hay nadie, ¿qué vamos a hacer sino cogerlo de la mano y llevarlo a la cabaña donde se refugia cuando llueve, y allí una se queda dentro con él y la otra hace guardia? Es tan tonto que se acomodará a lo que queremos.



Masetto oía todo este razonamiento, y dispuesto a obedecer, no esperaba sino ser tomado por una de ellas. Ellas, mirando bien por todas partes y viendo que desde ninguna podían ser vistas, aproximándose la que había iniciado la conversación a Masetto, le despertó y él incontinenti se puso en pie; por lo que ella con gestos halagadores le cogió de la mano, y él dando sus tontas risotadas, lo llevó a la cabaña, donde Masetto, sin hacerse mucho rogar hizo lo que ella quería. La cual, como leal compañera, habiendo obtenido lo que quería, dejó el lugar a la otra, y Masetto, siempre mostrándose simple, hacía lo que ellas querían; por lo que antes de irse de allí, más de una vez quiso cada una probar cómo cabalgaba el mudo, y luego, hablando entre ellas muchas veces, decían que en verdad aquello era tan dulce cosa, y más, como habían oído; y buscando los momentos oportunos, con el mudo iban a juguetear. Sucedió un día que una compañera suya, desde una ventana de su celda se apercibió del tejemaneje y se lo enseñó a otras dos; y primero tomaron la decisión de acusarlas a la abadesa, pero después, cambiando de parecer y puestas de acuerdo con aquéllas, en participantes con ellas se convirtieron del poder de Masetto; a las cuales, las otras tres, por diversos accidentes, hicieron compañía en varias ocasiones. Por último, la abadesa, que todavía no se había dado cuenta de estas cosas, paseando un día sola por el jardín, siendo grande el calor, se encontró a Masetto (el cual con poco trabajo se cansaba durante el día por el demasiado cabalgar de la noche) que se había dormido echado a la sombra de un almendro, y habiéndole el viento levantado las ropas, todo al descubierto estaba. Lo cual mirando la señora y viéndose sola, cayó en aquel mismo apetito en que habían caído sus monjitas; y despertando a Masetto, a su alcoba se lo llevó, donde varios días, con gran quejumbre de las monjas porque el hortelano no venía a labrar el huerto, lo tuvo, probando y volviendo a probar aquella dulzura que antes solía censurar ante las otras. Por último, mandándole de su alcoba a la habitación de él y requiriéndole con mucha frecuencia y queriendo de él más de una parte, no pudiendo Masetto satisfacer a tantas, pensó que de su mudez si duraba más podría venirle gran daño; y por ello una noche, estando con la abadesa, roto el frenillo, empezó a decir:



–Señora, he oído que un gallo basta a diez gallinas, pero que diez hombres pueden mal y con trabajo satisfacer a una mujer, y yo que tengo que servir a nueve; en lo que por nada del mundo podré aguantarlo, pues que he venido a tal, por lo que hasta ahora he hecho, que no puedo hacer ni poco ni mucho; y por ello, o me dejáis irme con Dios o le encontráis un arreglo a esto.

La señora, oyendo hablar a este a quien tenía por mudo, toda se pasmó, y dijo:

–¿Qué es esto? Creía que eras mudo.

–Señora –dijo Masetto–, sí lo era pero no de nacimiento, sino por una enfermedad que me quitó el habla, y por primera vez esta noche siento que me ha sido restituida, por lo que alabo a Dios cuanto puedo.

La señora le creyó y le preguntó qué quería decir aquello de que a nueve tenía que servir. Masetto le dijo lo que pasaba, lo que oyendo la abadesa, se dio cuenta de que no había monja que no fuese mucho más sabia que ella; por lo que, como discreta, sin dejar irse a Masetto, se dispuso a llegar con sus monjas a un entendimiento en estos asuntos, para que por Masetto no fuese vituperado el monasterio. Y habiendo por aquellos días muerto el mayordomo, de común acuerdo, haciéndose manifiesto en todas lo que a espaldas de todas se había estado haciendo, con placer de Masetto hicieron de manera que las gentes de los alrededores creyeran que por sus oraciones y por los méritos del santo a quien estaba dedicado el monasterio, a Masetto, que había sido mudo largo tiempo, le había sido restituida el habla, y le hicieron mayordomo; y de tal modo se repartieron sus trabajos que pudo soportarlos. Y en ellos bastantes monaguillos engendró pero con tal discreción se procedió en esto que nada llegó a saberse hasta después de la muerte de la abadesa, estando ya Masetto viejo y deseoso de volver rico a su casa; lo que, cuando se supo, fácilmente lo consiguió. Así, pues, Masetto, viejo, padre y rico, sin tener el trabajo de alimentar a sus hijos ni pagar sus gastos, por su astucia habiendo sabido bien proveer a su juventud, al lugar de donde había salido con una segur al hombro, volvió, afirmando que así trataba Cristo a quien le ponía los cuernos sobre la guirnalda.

Quien lo hizo, que no lo vuelva a hacer

Un palafrenero yace con la mujer del rey Agilulfo, de lo que Agilulfo sin decir nada se apercibe, lo encuentra y le corta el pelo; el tonsurado a todos los demás tonsura y así se salva de lo que lo amenaza.

Habiendo llegado el fin de la historia de Filostrato, con la que algunas veces se habían sonrojado un poco las señoras y algunas otras se habían reído, plugo a la reina que Pampínea siguiese novelando; la cual, comenzando con sonriente gesto, dijo:

–Hay algunos tan poco discretos al querer mostrar que conocen y sienten lo que no les conviene saber, que algunas veces con esto, al castigar las desapercibidas faltas de otros, creen que su vergüenza menguan cuando por el contrario la acrecientan infinitamente; y que esto es verdad, por medio de su contrario, mostrándoos la astucia de alguien quizá tenido por de menos valor que Masetto contra la prudencia de un valeroso rey, lindas señoras, entiendo que será demostrado por mí. Agilulfo, rey de los longobardos, así como sus predecesores habían hecho, en Pavia, ciudad de la Lombardía, estableció la sede de su reino, habiendo tomado por mujer a Teudelinga, que había quedado viuda de Auttari, que también había sido rey de los longobardos, la cual era hermosísima mujer, muy sabia y honesta, pero desventurada en amores. Y estando por el valor y el juicio de este rey Agilulfo las cosas de los longobardos prósperas y en paz, sucedió que un palafrenero de dicha reina, hombre de vilísima condición por su nacimiento pero por otras cosas mucho mejor de lo que correspondía a tal vil menester, y en su persona hermoso y alto como era el rey, se enamoró desmesuradamente de la reina; y porque su bajo estado no le quitaba la comprensión de que este amor suyo estaba fuera de toda conveniencia, como sabio, a nadie lo descubría, ni aun en la mirada se atrevía a descubrirlo. Y aunque sin ninguna esperanza viviese de poder agradarla nunca, se gloriaba consigo sin embargo de haber puesto sus pensamientos en alta parte; y como quien todo ardía en amoroso fuego, diligentemente hacía, más que cualquier otro de sus compañeros, todas las cosas que debían agradar a la reina. Por lo que sucedía que la reina, cuando tenía que montar a caballo, con más gusto cabalgaba en el palafrén cuidado por éste que por algún otro; lo que, cuando sucedía, éste se lo tomaba como grandísimo favor, y nunca del estribo se le apartaba, teniéndose por feliz sólo con poder tocarle las ropas. Pero como vemos suceder con mucha frecuencia que cuanto disminuye la esperanza, tanto se hace mayor el amor, así sucedía con el pobre palafrenero, mientras dolorosísimo le era poder soportar el gran deseo tan ocultamente como lo hacía, no siendo ayudado por ninguna esperanza; y muchas veces, no pudiendo desligarse de este amor, deliberó morir.

Y pensando de este modo, tomó el partido de querer recibir esta muerte por alguna cosa por la que le pareciese que moría por el amor que a la reina había tenido y tenía; y esta cosa se propuso que fuera tal que en ella tentase la fortuna de poder en todo o en parte conseguir su deseo. Y no se dio a decir palabras a la reina o a por cartas hacerle saber su amor, que sabía que en vano diría o escribiría, sino a querer probar si con astucia podría acostarse con la reina; y no otra astucia ni vía había sino encontrar el modo de que, como si fuese el rey, que sabía que no se acostaba con ella de continuo, pudiera llegar a ella y entrar en su cámara. Por lo que, para ver en qué manera y qué hábito el rey, cuando iba a estar con ella, iba, muchas veces por la noche en una gran sala del palacio del rey, que estaba en medio entre la cámara del rey y de la reina, se escondió; y una noche entre otras, vio al rey salir de su cámara envuelto en un gran manto y tener en una mano una pequeña antorcha encendida y en la otra una varita, e ir a la cámara de la reina y, sin decir nada, golpear una vez o dos la puerta de la cámara con aquella varita, e incontinenti serle abierto y quitarle de la mano la antorcha. La cual





cosa vista, y semejantemente viéndolo retornar, pensó que debía hacer él otro tanto; y encontrando modo de tener un manto semejante a aquel que había visto al rey y una antorcha y estaca, y lavándose primero bien en un caldero, para que no fuese a molestar a la reina el olor del estiércol y la hiciese darse cuenta del engaño, con estas cosas, como acostumbraba, en la gran sala se escondió. Y sintiendo que ya en todas partes dormían, y pareciéndole tiempo de dar efecto a su deseo o de hacer camino con alta razón a la deseada muerte, haciendo con la piedra y el eslabón que había llevado consigo un poco de fuego, encendió su antorcha, y oculto y envuelto en el manto se fue a la puerta de la cámara y dos veces la golpeó con la varita. La cámara por una camarera toda somnolienta fue abierta y la luz cogida y ocultada; donde él, sin decir cosa alguna, pasado dentro de la cortina y dejado el manto, se metió en 1a cama donde la reina dormía. Y tomándola deseosamente en brazos, mostrándose airado porque sabía que era costumbre del rey que no quería oír ninguna cosa cuando airado estaba, muchas veces carnalmente conoció a la reina.
Y aunque doloroso le pareciese partir, temiendo que la demasiada demora le fuese ocasión de convertir en tristeza el deleite tenido, se levantó y tomando su manto y la luz, sin decir nada se fue, y lo antes que pudo se volvió a su cama. Y apenas podía estar en ella cuando el rey, levantándose, se fue la cámara de la reina, de lo que ella se maravilló mucho; y habiendo él entrado en el lecho y saludándola alegremente, ella, de su alegría tomando valor, dijo:
–Oh, señor mío, ¿qué novedad hay esta noche? Os habéis partido de muy poco ha, y más de lo acostumbrado habéis tomado placer de mí, ¿y tan pronto volvéis a empezar? Cuidaos de lo que hacéis.
El rey, al oír estas palabras, súbitamente presumió que la reina, por la semejanza de las costumbres y de la persona había sido engañada, pero, como sabio, súbitamente pensó (pues vio que la reina no se había dado cuenta ni nadie más) que no quería hacerla caer en la cuenta; lo que muchos necios no hubieran hecho, sino que habrían dicho: «No he sido yo; ¿quién fue quien estuvo aquí?, ¿cómo fue?, ¿quién ha venido?». De lo que habrían nacido muchas cosas por las que sin razón habrían contristado a la señora y dado materia de desear otra vez lo que ya había sentido; y aquello, que callándolo no podía traerle ninguna vergüenza, diciéndolo le habría traído vituperio Le contestó entonces el rey, más en el pensamiento que en el rostro o las palabras airado:
–Señora, ¿no os parezco hombre de poder haber estado otra vez y volver además ésta?
A lo que la dama contestó:
-Señor mío, sí, pero yo os ruego que miréis por vuestra salud.
Entonces el rey dijo:
–Y que me place seguir vuestro consejo, y esta vez sin daros más empacho voy a volverme.
Y teniendo ya el ánimo lleno de ira y de rencor por lo que veía que le habían hecho, volviendo a tomar su manto se fue de la cámara y quiso encontrar silenciosamente quién había hecho aquello, imaginando que debía ser de la casa, y que cualquiera que fuese no habría podido salir de ella. Cogiendo, pues, una pequeñísima luz en una linternilla se fue a una larguísima habitación que en su palacio había sobre las cuadras de los caballos, en la cual casi toda su servidumbre dormía en diversas camas; y juzgando que a quienquiera que hubiese hecho aquello que la dama decía no se le habría podido todavía reposar el pulso y el latido del corazón por el prolongado afán, empezando por uno de los extremos de la habitación, empezó a ir tocándoles el pecho a todos, para saber si les latía el corazón con fuerza. Como sucediese que todos dormían profundamente, el que con la reina había estado no dormía todavía; por la cual cosa, viendo venir al rey y dándose cuenta de lo que andaba buscando, fuertemente empezó a temblar, tanto que el golpear del pecho que tenía por el cansancio fue aumentado por el miedo; y dándose cuenta firmemente de que si el rey se apercibía de aquello, sin tardanza le haría morir. Y aunque varias cosas que podría hacer le pasaron por la cabeza, viendo sin embargo al rey sin ninguna arma, deliberó hacerse el dormido y esperar lo que el rey hiciese. Habiendo, pues, el rey a muchos buscado y no encontrando a ninguno a quien juzgase haber sido aquél, llegó a éste, y notando que le latía fuertemente el corazón, se dijo: «Éste es aquél».
Pero como quien nada de lo que quería hacer entendía que se supiese, no le hizo otra cosa sino que, con un par de tijerillas que había llevado, le cortó un poco de uno de los lados los cabellos, que en aquel tiempo se llevaban larguísimos, para por aquella señal reconocerlo la mañana siguiente; y hecho esto, se volvió a su cámara. Éste, que todo

aquello había sentido, como quien era malicioso, claramente se dio cuenta de por qué había sido señalado; por lo que, sin esperar un momento, se levantó, y encontrando un par de tijerillas, de las que por ventura había un par en la cuadra para el servicio de los caballos, cautamente dirigiéndose a cuantos en aquella habitación dormían, a todos de manera igual sobre las orejas les cortó el pelo; y hecho esto, sin que le oyeran, se volvió a dormir. El rey, levantado por la mañana, mandó que, antes que las puertas del palacio se abriesen, toda su servidumbre viniese ante él; y así se hizo. A todos los cuales, estando delante de él sin nada en la cabeza, empezó a mirar para reconocer al que él había tonsurado; y viendo a la mayoría de ellos con los cabellos de un mismo modo cortados, se maravilló, y se dijo: «Aquel a quien estoy buscando, aunque de baja condición sea, bien muestra ser hombre de alto ingenio».

Luego, viendo que sin divulgarlo no podía encontrar al que buscaba, dispuesto a no querer por una pequeña venganza cubrirse de gran vergüenza, sólo con unas palabras le plugo amonestarlo y mostrarle que se había dado cuenta de lo ocurrido; y volviéndose a todos, dijo:

–Quien lo hizo que no lo haga más, e idos con Dios.

Otro habría querido darle suplicio, martirizarlo, interrogarlo y preguntarle y al hacerlo habría descubierto lo que cualquiera debe tratar de ocultar; y al ponerse al descubierto, aunque se hubiera vengado cumplidamente, no menguado sino mucho habría aumentado su vergüenza y manchado el honor de su mujer. Los que aquellas palabras oyeron se maravillaron y largamente dilucidaron entre sí qué habría querido decir el rey con aquello, pero no hubo ninguno que lo entendiese sino sólo aquel a quien tocaba. El cual, como sabio, nunca, en vida del rey lo descubrió, ni nunca más su vida con tal acción fió a la fortuna.

NOVELA TERCERA

El confesor celestino

Bajo especie de confesión y de purísima conciencia una señora enamorada de un joven induce a un grave fraile, sin darse él cuenta, a hallar la manera de que el placer de ella encontrase cumplimiento.

Callaba ya Pampínea, y ya la osadía y la cautela del palafrenero había sido alabada por muchos de ellos, y semejantemente el buen juicio del rey, cuando la reina, volviéndose hacia Filomena, le ordenó continuar; por lo cual Filomena, graciosamente comenzó a, hablar así: Yo entiendo contaros una burla que fue muy justamente hecha por una hermosa señora a un grave fraile, que tanto más a todo seglar agrada cuanto que éstos (la mayoría estupidísimos y hombres de extrañas maneras y costumbres) se creen que más que los otros en todas las cosas valen y saben, cuando son de mucho menor valor, como quienes por vileza de ánimo, no teniendo inventiva para sustentarse como los demás hombres, se refugian donde puedan tener qué comer, como el puerco. La que, oh amables señoras, os contaré no sólo por obedecer la orden impuesta sino también para advertiros de que también los religiosos (a quienes nosotras, sobremanera crédulas, demasiada fe prestamos) pueden ser y son algunas veces, no ya por los hombres sino por algunas de nosotras, sagazmente burlados. En nuestra ciudad, más llena de engaños que de amor o lealtad, no hace todavía muchos años, hubo una noble señora adornada de belleza y de costumbres, con alteza de ánimo y con sutiles agudezas tan dotada como la que más por la naturaleza, cuyo nombre (ni tampoco ninguno otro que pertenezca a la presente historia) aunque yo lo sepa, no entiendo descubrir porque todavía viven algunos que se llenarían por ello de indignación cuando con risa se debe hablar de ello. Ésta, pues, viéndose nacida de alto linaje y casada con un artesano lanero porque era riquísimo, no pudiendo deponer el desdén de su ánimo según el cual estimaba que ningún hombre de baja condición, por riquísimo que fuese, era digno de mujer noble; y viéndole a él además, con todas sus riquezas, no ser capaz de nada sino de saber distinguir una mezcla o hacer urdir una tela o una hilandera disputar sobre lo hilado, se propuso no querer de ninguna manera sus abrazos sino cuando no pudiera negárselos, sino encontrar alguien a su gusto que le pareciese más digno de ellos que el lanero. Y enamoróse de un muy valeroso hombre y de mediana edad tanto que, el día que no lo veía no podía pasar la noche siguiente sin sentimiento; pero el hombre de pro, no dándose cuenta de aquello, nada se preocupaba, y ella, que muy cauta era, ni por embajada de ninguna mujer ni por carta osaba hacérselo saber, temiendo que podrían sobrevenir posibles peligros. Y dándose cuenta que aquél frecuentaba mucho a un religioso que, aunque fuera zopenco y obtuso, no dejaba de tener fama entre todos de hombre de mucha valía porque era de santísima vida, juzgó que aquél podía ser óptimo intermediario entre ella y su amante. Y habiendo pensado qué le convenía hacer, se fue a una hora oportuna a la iglesia donde él iba y, haciéndole llamar, dijo que cuando le placiera, con él quería confesarse. El fraile, viéndola y estimándola mujer de linaje, la escuchó de buena gana, y ella después de la confesión dijo:

-Padre mío, necesito recurrir a vos por ayuda y por consejo en lo que vais a oír. Yo sé, porque os lo he dicho, que conocéis a mis parientes y a mi marido, por el cual soy amada más que su vida, y ninguna cosa deseo que él, como hombre que es riquísimo y que puede bien hacerlo, no lo adquiera incontinenti; por las cuales cosas más que a mí misma le amo; y dejemos aparte que lo hiciese, pero si siquiera pensase alguna cosa que contra su honor o gusto fuera, ninguna mujer culpable sería más digna del fuego que yo. Ahora, uno de quien en verdad no sé el nombre, pero que me parece persona de bien, y si no estoy engañada os frecuenta mucho, apuesto y alto en la persona, vestido de paños oscuros muy honrados, tal vez no percatándose de que mi intención era tal como es, parece que me ha puesto sitio y no puedo asomarme a puerta ni ventana ni salir de casa sin que él incontinenti no se ponga delante; y me maravillo de que no esté aquí ahora; de lo que mucho me duele, porque tales maneras hacen con frecuencia a las damas honestas ser censuradas sin culpa. He tenido en el ánimo hacérselo decir alguna vez a mis hermanos, pero luego he pensado que los hombres